

ACOTACIONES A UNA POLEMICA: LOS PERROS Y LOS COLLARES

CON fecha del día 5 del mes de junio escribía en el «ABC» don Joaquín Garrigues Walker un artículo que llevaba el título de «Los perros y los collares». Emilio Romero respondería duramente, como después señalaré, a las tesis de Garrigues, llegando a hablar de un «abuso de confianza» por parte de la derecha española, tan bien representada por el articulista de «ABC». Basta con esta referencia para comprender que estamos ante algo más que una disputa personal. Sin desconocer las diferentes personalidades de los contendientes (es decir, de sus «papeles» en la escena política española), con todo el valor casi condicionante que esto supone, la realidad se nos presenta en términos generales, casi totalizantes. En última instancia, se trata nada menos de la contradicción antagónica que se da entre los partidarios del cambio y los defensores del inmovilismo. De los que piensan que es necesario construir otro Estado, acaso sería más correcto afirmar, como lo hace el profesor Tierno, urgencia en establecer otro modelo de racionalización de la acción y decisión política del Estado español, y los que se mantienen, al margen de la hojarasca de las palabras, firmes en la defensa de lo que ellos prefieren llamar Régimen. Estado, Régimen y modelo de racionalización del poder del Estado son cosas distintas. Una distinción que permite, y esto no es paradoja, ser históricamente más continuista (lo era también Lukács, Gramsci, etc.) al profesor Tierno que al periodista Romero.

Yo no pretendo aquí apadrinar ninguna de las tesis opuestas. Los hombres que las sustentan no necesitan la «asistencia» de un profesor, que aun teniendo vocación y compromiso político, actúa en una forma de militancia (de partisano diría igualmente Lukács) de otro tipo. Lo único que tengo interés en es justificar la afirmación inicial mía: es algo más que una reyerta interindividual.

La tesis de Emilio Romero

En mi especialidad (el D. I. privado), la «calificación» es una empresa de suyo compleja que requiere equilibrio, comparación y amplitud funcional. Romero «califica» apriorísticamente, y lo hace sin cuidar mucho el alcance de los conceptos utilizados. Toda «calificación» es resultado de una elaboración conceptual añadida a una verificación fáctica. E. Romero dice dogmáticamente: el artículo de Garrigues es un modelo de insensatez política y de alucinación ideológica. ¿Qué razones justifican tan contundente conclusión?

Romero no descuida la descripción de los hechos; en este caso

de los problemas que tiene planteados España. Y digo España, pues valoro intelectualmente a Romero y esto me obliga a pensar que prefiere «proyectar» sobre la Nación unos problemas que, indudablemente afectándola, han sido en no menguada medida problemas propios del Sistema o, si se quiere, del actual modelo de Estado. ¿Cuáles son estos problemas?

No se puede reclamar de un artículo periodístico que se haga un análisis de esos problemas como si se tratara de una Memoria o de un «Libro rojo» (en el sentido de los Libros que Castiella preparó sobre Gibraltar). Es suficiente que la selección sea correcta y bien hilvanada. Romero cita estos problemas: Sahara (que lo califica de difícil; podría decir muy grave, que es lo que ha

cionalización política que caracterice a nuestro Estado. Y en cuanto a esas fuerzas moderadas de que tanto se habla, ¿dónde encontrarlas? Parece ser, en opinión del articulista de «Arriba», que no hay que pretender hallarlas en la derecha. Esta derecha ha cometido ese «abuso de confianza» que se imputa a Garrigues. No está con el Régimen, incluso parece querer otro Estado apoyado sobre distinta ideología... Romero es inteligente y no puede pensar (puede quererlo, pero eso es otra cosa) que será la izquierda la que haga el papel de oposición moderada dentro del Régimen...

Hay en el lenguaje de Romero, y no quiero decir que sea él su inventor, un defecto de caracterización que siempre me ha crispado. Me refiero a las patentes de

jes encumbrados del Régimen. Es lógico que los que así se conducen no se sientan sorprendidos por el hecho de que la derecha, incluso la oposición moderada, se atenga a esos hábitos (que tengo que confesar no son para mí muy queridos). No obstante, elevando un tanto el nivel del tema, habría que preguntarse por las razones de esta política combinada con la gastronomía. Quien gobierna, el pueblo organizado en el Régimen, debería hacer la política con banderas desplegadas y no en restaurantes. Cosa distinta es la oposición. Negado el derecho de reunión, y condenado como acto explosivamente subversivo las llamadas manifestaciones, unos de mayo, jornadas de lucha, etc., no veo que sea fácil huir de los restaurantes...

Es lícito pensar que la expresión tiene otro sentido. Lo que se ridiculiza es una política de «restaurantes». Y yo comparto la censura. Mas aquí lo determinante no es el banquete: es el proceder y el contenido. Política de restaurante es tanto como política a espaldas del País, de su protagonismo y de sus problemas. Cabe una política de restaurantes, incluso, cuando se expone en amplísimos recintos en los que se «mete» a enormes masas.

Antes dije que me crispaban las patentes de patriotismo. Ahora digo que me enfurecen las demagogias. Y demagogia es acusar a la derecha cuando se es de derechas, o cuando sin serlo se ha pasado por hombre de derechas. El Régimen, no se olvide, es un producto de la derecha española. Y su política ha sido y sigue siendo política de derechas.

Romero utiliza una argumentación que debe de creer infalible. Puesto que hay tantos problemas como él señala (y no los indica todos), lo que se impone es sostener el Régimen. Garrigues viene a decirnos lo siguiente: como el Régimen no ha evolucionado (y él aduce razones institucionales y funcionales) y la vida ha cambiado y los problemas han surgido muy graves, se impone una honda transformación. Nada menos que construir un nuevo Estado. Yo participo de esta última opinión. Y, al hacerlo, en modo alguno procedo a solicitar una ficha de ingreso en esa derecha abusiva. Mi mundo no es precisamente ése. Pero, de momento, esas peticiones burguesas las entiendo (son las que justifican seguir hablando de una burguesía esclarecida, inteligente, etc.) y no me la ceran. No creo que el pueblo español tenga, de momento, que plantearse dogmáticamente la disputa que opuso a mencheviques y bolcheviques, ni siquiera la que hoy tiene razón de ser en Portugal. En España, hoy por hoy, existe un puesto y una función para su burguesía. Eso sí, para una burguesía nacional, ilustrada y dialogante. ■

M. Aguilar Navarro

afirmado el secretario general de la ONU), problemas o fenómenos económicos internacionales que sacuden nuestra estabilidad también económica (hubiera sido aconsejable también referirse a los de estricta naturaleza doméstica, pues no es exacto el confinar nuestro desequilibrio económico a la simple condición de epifenómeno de un desorden económico internacional), tiempos sucesorios que nos exigen hacer la transferencia de la paz del pasado a la paz del futuro (existe en toda la literatura política de Romero una auténtica «sonata a la paz española». Yo, como internacionalista que soy, me muestro más reservado en cuanto a decir que esto o aquello ha sido o no un verdadero período de paz... La paz es también muy compleja y nunca se puede confundir con una situación de orden público, ni siquiera adhesión pasiva, desvertebrada de un pueblo). En conclusión: la lista me parece frágil y no debidamente razonada.

Dice Romero, como portavoz oficial: «España no puede, razonablemente, abrir un proceso constituyente sin agotar todas las posibilidades que tiene la situación actual...». Después se nos habla con ingenuidad de una operación de digerir; yo diría de integrar en una nueva modalidad a las fuerzas tradicionales del Régimen y aquellas otras de la llamada oposición moderada. No veo fácil esta empresa. Acepto la expresión de «digerir», pero en su sentido de aniquilar. Tengo la impresión de que el Régimen (para seguir utilizando la terminología de E. Romero), efectivamente, ha digerido, ha consumido sus fuerzas tradicionales. Estas, como tales, ya no existen. Será necesario buscar unas nuevas que puedan estar presentes en el establecimiento del nuevo modelo de ra-